

Introducción a la semana

Nos sigue acompañando la I Carta a los Corintios que nos brindará densos argumentos: la tradición sobre la Cena del Señor, el símil del cuerpo que Pablo lo borda en su aguda pedagogía, el himno de la caridad, la resurrección de los muertos como argumento ineludible de la predicación y resurrección cristianas, pues la de cada uno de nosotros está unida a la de Cristo.

El evangelio nos mostrará a lo largo de estos días cuáles son las obras de Jesús Salvador: curación del siervo del centurión, resurrección de la hija de la viuda de Naín, lamentación de Jesús acerca de la presente generación, el bello relato de la pecadora perdonada, el apunte acerca del entorno personal más inmediato de Jesús por los caminos galileos, y, por último, la conocida parábola del sembrador.

Jesús cura y perdona, consuela y acompaña; Jesús, en definitiva, humaniza.

Lun

17
Sep

2018

Evangelio del día

Vigésimo cuarta Semana del Tiempo Ordinario - Año Par

“Dilo de palabra...”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 11,17-26.33:

Hermanos:

Al prescribiros esto, no puedo alabaros, porque vuestras reuniones causen más daño que provecho.

En primer lugar, he oído que cuando se reúne vuestra asamblea hay divisiones entre vosotros; y en parte lo creo; realmente tiene que haber escisiones entre vosotros para que se vea quiénes resisten a la prueba.

Así, cuando os reunís en comunidad, eso no es comer la Cena del Señor, pues cada uno se adelanta a comer su propia cena y, mientras uno pasa hambre, el otro está borracho.

¿No tenéis casas donde comer y beber? ¿O tenéis en tan poco a la Iglesia de Dios que humilláis a los que no tienen?

¿Qué queréis que os diga? ¿Que os alabe? En esto no os alabo.

Porque yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido: que el Señor Jesús, en la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, pronunciando la Acción de Gracias, lo partió y dijo:

«Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía».

Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo:

«Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía».

Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva.

Por ello, hermanos míos, cuando os reunís para comer, esperarnos unos a otros.

Salmo de hoy

Sal 39 R/. Proclamad la muerte del Señor, hasta que vuelva

Tú no quieres sacrificios ni ofrendas,
y, en cambio, me abriste el oído;
no pides holocaustos ni sacrificios expiatorios,
entonces yo digo: «Aquí estoy». R.

«- Como está escrito en mi libro -
para hacer tu voluntad
Dios mío, lo quiero, y llevo tu ley en las entrañas». R.

He proclamado tu justicia
ante la gran asamblea;
no he cerrado los labios: Señor, tú lo sabes. R.

Alégrense y gocen contigo
todos los que te buscan;
digan siempre: «Grande es el Señor»,
los que desean tu salvación. R.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 7,1-10

En aquel tiempo, cuando Jesús terminó de exponer todas sus enseñanzas al pueblo, entró en Cafarnaún.

Un centurión tenía enfermo, a punto de morir, a un criado a quien estimaba mucho. Al oír hablar de Jesús, el centurión le envió unos ancianos de los judíos, rogándole que viniese a curar a su criado. Ellos, presentándose a Jesús, le rogaban encarecidamente: «Merece que se lo concedas, porque tiene afecto a nuestra gente y nos ha construido la sinagoga».

Jesús se puso en camino con ellos. No estaba lejos de la casa, cuando el centurión le envió unos amigos a decirle:

«Señor, no te molestes; porque no soy digno de que entres bajo mi techo; por eso tampoco me creí digno de venir a ti personalmente. Dilo de palabra, y mi criado quedará sano. Porque también yo soy un hombre sometido a una autoridad y con soldados a mis órdenes; y le digo a uno: "Ve", y va; al otro: "Ven", y viene; y a mi criado: "Haz esto", y lo hace».

Al oír esto, Jesús se admiró de él y, volviéndose a la gente que lo seguía, dijo: «Os digo que ni en Israel he encontrado tanta fe».

Y al volver a casa, los enviados encontraron al siervo sano.

Reflexión del Evangelio de hoy

¿Qué queréis que os diga? ¿Qué os alabe?

En este capítulo 11, al escribir a los corintios, Pablo sale al paso de una desviación que se está produciendo en la comunidad. La praxis normal era que en las comunidades primero se compartía la comida y luego se celebraba la cena del Señor. Sin embargo, los corintios han caído en una enorme incoherencia: mientras unos comen en abundancia, otros pasan hambre. ¿Cómo es posible que el ámbito por excelencia de la comunión fraterna este siendo ámbito de injusticia y desigualdad? ¿Cómo puede ocurrir que los que tienen más no compartan y repartan con los que tienen menos? Pablo les hace una pregunta retórica cuya respuesta ya conocen, a fin de interpelarlos: “¿Qué queréis que os diga? ¿Qué os alabe?”

El apóstol exhorta a los corintios a que lo que celebran en la Eucaristía, lo celebren también en la existencia, a que no haya ruptura entre el sacramento y la vida práctica. Así encontramos aquí el testimonio más antiguo (año 57) de las palabras de Jesús en la última cena, unas palabras que el apóstol no considera suyas, sino que se sabe eslabón de la cadena, transmitiendo lo que a su vez ha recibido.

El texto paulino nos interroga: ¿Somos coherentes entre lo que celebramos en el sacramento de la Eucaristía y vivimos en el sacramento de la vida? ¿Las relaciones de comunión que han de generarse en la Eucaristía se traducen en el día a día en el compartir fraterno y solidario con los más pobres?

Jesús se admiró de él

Nos encontramos con un relato de milagro. Este constituye uno de los signos del Reino que ya ha llegado. Un centurión aparece en escena preocupado por la salud de su criado. Se deja entrever que lo quiere, puesto que es el amor lo que le hace buscar ayuda. La petición no le llega a Jesús directamente por el oficial romano, como ocurre en Mateo (Mt 8,5-13), sino a través de los ancianos de la ciudad, quienes para convencer a Jesús apelan a los méritos y las bondades del oficial romano respecto al pueblo judío: les tiene afecto y les ha construido la sinagoga.

Jesús, ante la petición, se pone en camino y estando cerca de la casa, el centurión de nuevo le envía emisarios. No sólo no se siente digno de que el Maestro entre en su casa, a fin de no trasgredir la ley judía de ir a casa de un pagano, sino que ni siquiera se sabe meritorio para acudir a él personalmente. Sin embargo, el centurión tiene una profunda convicción interior: una palabra de Jesús será suficiente para la curación de su criado. Argumenta desde la lógica de su propia autoridad con sus soldados, los cuales al recibir una orden del oficial le obedecen. Considera que la palabra de Jesús tiene la autoridad necesaria para hacer obedecer a “sus soldados”, a las “fuerzas hostiles” que causan la enfermedad de su siervo.

Jesús admirado resalta la fe del centurión ante la gente. Un pagano, no conocedor de las promesas de Israel, y por tanto en desventaja respecto al pueblo judío, se fía totalmente del poder de su palabra. Considera que la palabra de Jesús tiene la potestad de hacer real aquello que pronuncia, incluso a distancia.

La palabra de Dios en el Antiguo Testamento tiene una dimensión *per-formativa* o lo que es lo mismo, tiene el poder de realizar aquello que pronuncia. Ahora la palabra de Jesús aparece con ese mismo poder. Como palabra de Dios que es, puede llevar a cabo aquello que enuncia. La frase que pronuncia el centurión la pronunciamos cada día en la Eucaristía antes de la comunión: “Señor no soy digno/a de que entres en mi casa pero una palabra tuya bastará para sanarme” ¿Me identifico con el centurión? ¿Tengo la convicción de que la Palabra tiene el poder de generar en mí y en la comunidad aquello que enuncia? ¿Creo que Jesús y su palabra pueden forjar procesos sanadores y liberadores en mí? “Como baja la lluvia desde el cielo, y no vuelven allá, sino después de empapar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar para que de semilla al sembrador y pan al que

come, así será mi Palabra, no volverá a mi vacía, sino que cumplirá mi deseo y llevara a cabo mi encargo” (Is 55,10-11).



Hna. Mariela Martínez Higuera O.P.
Congregación de Santo Domingo

Mar 18 Sep 2018 **Evangelio del día**
Vigésimo cuarta Semana del Tiempo Ordinario - Año Par
Hoy celebramos: San Juan Macías (18 de Septiembre)

“Todos daban gloria a Dios”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol Pablo a los Corintios 12,12-14.27-31a:

Hermanos:

Lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo. Pues todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu.

Pues el cuerpo no lo forma un solo miembro, sino muchos.

Pues bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y cada uno es un miembro. Pues en la Iglesia Dios puso en el primer lugar a los apóstoles; en el segundo lugar, a los profetas; en el tercero, a los maestros; después, los milagros; después el carisma de curaciones, la beneficencia, el gobierno, la diversidad de lenguas. ¿Acaso son todos apóstoles? ¿O todos son profetas? ¿O todos maestros? ¿O hacen todos milagros? ¿Tienen todos don para curar? ¿Hablan todos en lenguas o todos las interpretan?

Ambicionad los carismas mayores.

Salmo de hoy

Sal 99 R/. Nosotros somos su pueblo y ovejas de su rebaño

Aclama al Señor, tierra entera,
servid al Señor con alegría,
entrad en su presencia con vítores. R.

Sabed que el Señor es Dios:
que él nos hizo y somos suyos,
su pueblo y ovejas de su rebaño. R.

Entrad por sus puertas con acción de gracias,
por sus atrios con himnos,
dándole gracias y bendiciendo su nombre. R.

El Señor es bueno,
su misericordia es eterna,
su fidelidad por todas las edades. R.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 7,11-17

En aquel tiempo, iba Jesús camino de una ciudad llamada Naín, y caminaban con él sus discípulos y mucho gentío.

Cuando se acercaba a la puerta de la ciudad, resultó que sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda; y un gentío considerable de la ciudad la acompañaba.

Al verla el Señor, se compadeció de ella y le dijo:
«No llores».

Y acercándose al ataúd, lo tocó (los que lo llevaban se pararon) y dijo:
«¡Muchacho, a ti te lo digo, levántate!».

El muerto se incorporó y empezó a hablar, y se lo entregó a su madre.

Todos, sobrecogidos de temor, daban gloria a Dios, diciendo:
«Un gran Profeta ha surgido entre nosotros», y «Dios ha visitado a su pueblo.»

Este hecho se divulgó por toda Judea y por toda la comarca circundante.

Reflexión del Evangelio de hoy

Bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo

San Pablo asemeja los distintos carismas que hay en la Iglesia, con los diferentes miembros que hay en el cuerpo, todos son diferentes pero todos tienen un mismo cuerpo que los une. El Espíritu de Cristo es el eje vertebrador de todos los carismas y ministerios que hay en la Iglesia. No todos tienen la misma misión o función dentro de la Iglesia, la diversidad forma un todo común. Nada tiene que ver con la uniformidad.

La uniformidad habla más de una sola forma de ejercer una misión, y es más propia de las formas dictatoriales.

No todos podemos ejercer el mismo servicio a los hombres, hay personas que se sienten llamadas a atender a los pobres, otras a los enfermos, otras a los presos... Su trabajo es diverso, pero en la Iglesia hay una sola razón para ejercer cada labor, esa razón es Cristo. Por eso, san Pablo, nos comenta en esta carta que ambicionemos los carismas mejores. No son funciones donde más poder se ejerce, sino donde más puedes dejarte la piel en el camino.

Dios ha visitado a su Pueblo

Jesús se compadece de una madre que acompaña a su hijo muerto, su acción milagrosa es decirle a quien está postrado: levántate. El muchacho sin más, se incorpora y comienza hablar.

Cuántas acciones milagrosas existen en nuestro camino, donde hay alguien que nos anima a salir de la oscuridad de la muerte, donde se nos impulsa para que nuestro ánimo despierte y retome el camino de la vida.

Una vez que nos erguimos para caminar sentimos que Dios ha estado presente en nuestra vida, y podemos decir, como en el Evangelio, hay un profeta en nuestra tierra, Dios ha visitado a su pueblo. Dios está cerca de nosotros, alentándonos para la vida.

Una sola palabra: Levántate, es la que nos hace falta para volver a la vida, es la que pronuncia Jesús en el Evangelio. A veces, sólo basta esa sola palabra para incorporarnos a la vida. Jesús nos invita a levantarnos de la esclavitud de la muerte. Levántate de la soledad, del hambre, de la desnudez, del peligro, del mal, levántate y vive.



Fray Alexis González de León O.P.
Convento de San Pablo y San Gregorio (Valladolid)

San Juan Macías

San Juan Macías nace en Ribera de Fresno (Badajoz) el año 1585. Huérfano a los cuatro años, desde muy niño fue dedicado al oficio de pastor. Su vida esta marcada por una primera educación familia de especial devoción a la Virgen María, particularmente mediante el rezo del Rosario. Las largas horas cuidando ovejas le permiten adquirir hábitos contemplativos. Piensa mucho en el texto del Apocalipsis: "vi un cielo nuevo y una tierra nueva" y lo identifica con las Américas, hacía poco descubiertas. Emigra a América del Sur. En una nave mercante llega a Cartagena de Indias (Colombia) y más tarde a Lima. Allí pide el hábito de hermano cooperador, en el **convento de Santa María Magdalena**, en 1622, cuando contaba treinta y siete años. Su vida se distingue por una **gran pobreza, humildad y caridad**, es una persona sencilla y siempre abierta al cambio de vida. Aprende de los acontecimientos y de la lectura de la Palabra de Dios. Su oración es muy profunda: en ella la Virgen María y San Juan Evangelista le ayudan a encontrarse permanentemente con Cristo. Es un hermano muy respetuoso de los consensos comunitarios e incansable trabajador.

Fue portero del convento durante veinticinco años. Desde ese puesto ejercita una increíble obra de beneficencia material y espiritual con limosnas y con el rosario ofrecido por los pecados propios por los demás y en sufragio por las almas del purgatorio. Tuvo también mucho influjo en la ciudad con sus consejos. Aquella portería de la Magdalena se convierte en lugar de comunión y participación de pobres y enfermos. Allí Juan Macías ora con ellos, les imparte catequesis y les ayuda en sus necesidades. Su acción va más allá del recito conventual. Es capaz de amaestrar un borriquillo que con él pide limosna. Más de una vez, sin guía alguna, se dirige a las casas de los necesitados llevándoles alimento. Contemporáneo de San Martín de Porres y Rosa de Lima, es también evangelio viviente del Señor Jesús. También como San Martín, sufre con valentía injurias y calumnias por su caridad heroica con los necesitados.

San Juan Macías murió en Lima el 15 de septiembre de 1645. Su cuerpo se venera en la basílica del Rosario. Fue beatificado por Gregorio XVI en 1813 y canonizado por Pablo VI el 28 de septiembre de 1975.

Más información: [Grandes Figuras](#)

Mié

19
Sep

2018

Evangelio del día

Vigésimo cuarta Semana del Tiempo Ordinario - Año Par

"El amor no pasa nunca"

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 12, 31 – 13,13

Hermanos:

Ambicionad los carismas mayores. Y aún os voy a mostrar un camino más excelente.

Si hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, pero no tengo amor, no sería más que un metal que resuena o un címbalo que aturde.

Si tuviera el don de profecía y conociera todos los secretos y todo el saber; si tuviera fe como para mover montañas, pero no tengo amor, no sería nada.

Si repartiera todos mis bienes entre los necesitados; si entregara mi cuerpo a las llamas, pero no tengo amor, de nada me serviría.

El amor es paciente, es benigno; el amor no tiene envidia, no presume, no se engríe; no es indecoroso ni egoísta; no se irrita; no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad.

Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

El amor no pasa nunca.

Las profecías, por el contrario, se acabarán; las lenguas cesarán; el conocimiento se acabará.

Porque conocemos imperfectamente e imperfectamente profetizamos; mas, cuando venga lo perfecto, lo imperfecto se acabará.

Cuando yo era niño, hablaba como un niño, sentía como un niño, razonaba como un niño. Cuando me hice un hombre, acabé con las cosas de niño. Ahora vemos como en un espejo, confusamente; entonces veremos cara a cara. Mi conocer es ahora limitado; entonces conoceré como he sido conocido por Dios.

En una palabra, quedan estas tres: la fe, la esperanza y el amor. La más grande es el amor.

Salmo de hoy

Sal 32, 2-3.4-5. 12 y 22 R/. Dichoso el pueblo que el Señor se escogió como heredad

Dad gracias al Señor con la cítara,

tocad en su honor el arpa de diez cuerdas;

cantadle un cántico nuevo,

acompañando los vítores con bordones. R/.

La palabra del Señor es sincera,
y todas sus acciones son leales;
él ama la justicia y el derecho,
y su misericordia llena la tierra. R/.

Dichosa la nación cuyo Dios es el Señor,
el pueblo que él se escogió como heredad.
Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros,
como lo esperamos de ti. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 7, 31-35

En aquel tiempo, dijo el Señor:

«¿A quién, pues, compararé los hombres de esta generación? ¿A quién son semejantes?

Se asemejan a unos niños, sentados en la plaza, que gritan a otros aquello de:

“Hemos tocado la flauta

y no habéis bailado,

hemos entonado lamentaciones,

y no habéis llorado”.

Porque vino Juan el Bautista, que ni come pan ni bebe vino, y decís: Tiene un demonio; vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y decís: “Mirad qué hombre más comilón y borracho, amigo de publicanos y pecadores”.

Sin embargo, todos los hijos de la sabiduría le han dado la razón».

Reflexión del Evangelio de hoy

Dios nos cambia el corazón

Las lecturas de la liturgia de hoy nos animan a profundizar en nuestra fe, dejando que el Espíritu llene nuestra vida y nuestro actuar. San Pablo, que al iniciar su apostolado en la comunidad de Corinto les habló como a “carnales como a niños en Cristo”, que mimó aquella comunidad como una criatura propia, ahora les trata como a personas adultas en la fe. Personas que han experimentado la riqueza de los dones del Espíritu Santo, y conocen la urgencia de ponerlos a disposición y al servicio de la comunidad creyente. Fieles que han iniciado una fecunda vida espiritual en la confesión del Cristo resucitado y de su mensaje. San Pablo, en este cántico a la Caridad, les propone y les exhorta a una vida de excelencia en la fe. Una fe que se centra en el mensaje capital del Jesús Resucitado: “Amaos los unos a los otros como Yo os amé”. O como insiste frecuentemente San Pablo, sed fuertes en el amor. Ahora explicita lo que eso significa. Si no tengo caridad, de nada me sirve la fe, de nada renunciar a todos los bienes, ni entregar mi cuerpo al martirio. Ahora queda la fe, la esperanza y el amor, pero la más grande es el amor. Porque el amor es paciente, es bondadoso; el amor no tiene envidia; el amor no es jactancioso, no es arrogante, no se porta indecorosamente, no busca lo suyo; no se irrita, no toma en cuenta el mal recibido, no se regocija con la injusticia, sino que se alegra con la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. Todo un mensaje no sólo ético, sino un programa de vida que constituye una profunda filosofía y sentido religioso de lo que el creyente ha de interiorizar en su vida. También el Papa Francisco nos urge en su encíclica *Amoris Laetitia*, para que sea el amor la esencia de todas las familias cristianas, y sea también la insignia identitaria de nuestras comunidades creyentes. Un amor que refleje la audacia de los primeros cristianos que atraían por el testimonio del amor que se tenían. El común denominador de estos primeros cristianos era la audacia de ser creyentes incluso en medio de las persecuciones. Y todos los admiraban por su fe, por su esperanza en la salvación y por la sencillez de su vida, su trabajo y la solidaridad entre ellos.

Como Jesús, amigo de recaudadores y pecadores, aprendamos a vivir el amor en los desclasados del mundo

Una vida vivida conforme al modelo del evangelio de Jesús. Nos cuenta el evangelio de hoy la incompreensión del pueblo ante la vida de Jesús. Ni la austeridad de Juan, ni la forma misericordiosa de vivir de Jesús, son motivo de conversión para el pueblo. Juan ni comía ni bebía, y le acusaban de estar endemoniado. El Hijo del Hombre, que come y bebe, es motivo de escándalo y persecución hasta la muerte. Pero la enseñanza de Jesús es incuestionable. Dios es amor, y sólo viviendo en, desde y por el amor entramos en la vida de Dios. Así se cumple lo que Pablo nos dice. Ni el conocimiento perdurará, ni la profecía, sino sólo el amor será eterno, porque está en la misma esencia de Dios. Cuando todo quede al descubierto, permanecerá sólo el amor.

Como cristianos, seguidores de Jesús, que llevan el evangelio y el Espíritu de Cristo en su vida, tenemos que aprender e interiorizar esta verdad. En las personas que Dios quiere, en los más pequeños, en el servicio y la donación de la propia vida, se cumple el amor incondicional de Dios que ha de relumbrar en nuestras vidas.

Que seamos generosos y misericordiosos, que sepamos convertir esas cualidades del amor que nos dice San Pablo, en realidades cotidianas de nuestro actuar. Que dejemos que el Espíritu ilumine toda nuestra existencia y pongámonos cada día en sus manos.

Así sea.



D. Oscar Salazar, O.P.

Fraternidad de Laicos Dominicos de San Martín de Porres (Madrid)

Jue Evangelio del día

20
Sep
2018

Vigésimo cuarta Semana del Tiempo Ordinario - Año Par

Hoy celebramos: Santos Andrés Kim, Pablo Chong y cc.mm. (20 de Septiembre)

“Sus muchos pecados están perdonados”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 15, 1-11

Os recuerdo, hermanos, el Evangelio que os anuncié y que vosotros aceptasteis, en el que además estáis fundados, y que os está salvando, si os mantenéis en la palabra que os anunciamos; de lo contrario, creísteis en vano.

Porque yo os transmití en primer lugar, lo que también yo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras; y que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; y que se apareció a Cefas y más tarde a los Doce; después se apareció a más de quinientos hermanos juntos, la mayoría de los cuales vive todavía, otros han muerto; después se apareció a Santiago, más tarde a todos los apóstoles; por último, como a un aborto, se me apareció también a mí.

Porque yo soy el menor de los apóstoles y no soy digno de ser llamado apóstol, porque he perseguido a la Iglesia de Dios.

Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia para conmigo no se ha frustrado en mí. Antes bien, he trabajado más que todos ellos. Aunque no he sido yo, sino la gracia de Dios conmigo. Pues bien; tanto yo como ellos predicamos así, y así lo creísteis vosotros.

Salmo de hoy

Sal 117, 1-2. 16-17. 28 R/. Dad gracias al Señor porque es bueno

Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.

Diga la casa de Israel:
eterna es su misericordia. R/.

«La diestra del Señor es poderosa,
la diestra del Señor es excelsa».
No he de morir, viviré
para contar las hazañas del Señor. R/.

Tú eres mi Dios, te doy gracias;
Dios mío, yo te ensalzo. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 7, 36-50

En aquel tiempo, un fariseo rogaba a Jesús que fuera a comer con él y, entrando en casa del fariseo, se recostó a la mesa. En esto, una mujer que había en la ciudad, una pecadora, al enterarse de que estaba comiendo en casa del fariseo, vino trayendo un frasco de alabastro lleno de perfume y, colocándose detrás junto a sus pies, llorando, se puso a regarle los pies con las lágrimas, se los enjugaba con los cabellos de su cabeza, los cubría de besos y se los ungía con el perfume. Al ver esto, el fariseo que lo había invitado se dijo:

«Si este fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que lo está tocando, pues es una pecadora».

Jesús respondió y le dijo:

«Simón, tengo algo que decirte».

Él contestó:

«Dímelo, Maestro».

Jesús le dijo:

«Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían con qué pagar, los perdonó abs dos. ¿Cuál de ellos le mostrará más amor?».

Respondió Simón y dijo:

«Supongo que aquel a quien le perdonó más».

Le dijo Jesús:

«Has juzgado rectamente».

Y, volviéndose a la mujer, dijo a Simón:

«¿Ves a esta mujer? He entrado en tu casa y no me has dado agua para los pies; ella, en cambio, me ha regado los pies con sus lágrimas y me los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me diste el beso de paz; ella, en cambio, desde que entré, no ha dejado de besarme los pies. Tú no me ungiste la cabeza con unguento; ella, en cambio, me ha ungido los pies con perfume. Por eso te digo: sus muchos pecados han quedado perdonados, porque ha amado mucho, pero al que poco se le perdona, ama poco».

Y a ella le dijo:

«Han quedado perdonados tus pecados».

Los demás convidados empezaron a decir entre ellos:

«¿Quién es este, que hasta perdona pecados?».

Pero él dijo a la mujer:

«Tu fe te ha salvado, vete en paz».

Reflexión del Evangelio de hoy

Cristo murió, fue sepultado y resucitó al tercer día

San Pablo comienza recordando a los corintios la buena noticia de Jesucristo que él les predicó, una buena noticia que a ellos y al mismo San Pablo les cambió la vida... para mejor. Esta buena noticia se centra en Jesús. Les trae a la memoria lo que él mismo recibió: "Que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras, que fue sepultado y que resucitó al tercer día". Que se apareció resucitado a muchos hermanos... "por último, como a un aborto, se me apareció también a mí".

Para San Pablo esta fue la mejor noticia que recibió en su vida y la que cambió de arriba a abajo su trayectoria vital. A partir de su encuentro con Cristo no tuvo más que una obsesión: predicar, fundamentalmente a los gentiles, a Cristo: su vida, su muerte, su resurrección, su proyecto, sus palabras, sus promesas... porque sabía que era la mejor noticia que les podía transmitir, la que iba a llenar sus vida de alegría, de esperanza, de sentido. Y en esto, con la ayuda de Dios, gastó su vida: "siendo el menor de los apóstoles... he trabajado más que todos ellos. Aunque no he sido yo, sino la gracia de Dios conmigo".

De alguna manera, todo cristiano hemos de vivir la misma experiencia que San Pablo. Después del amoroso encuentro seductor con Cristo, tampoco nosotros somos capaces de vivir sin Cristo, sin su palabra, sin su luz, sin sus promesas, sin su amor, sin su resurrección y nuestra resurrección. Y desde nuestra situación hemos de predicar la tradición evangélica recibida.

Sus muchos pecados están perdonados, porque tiene mucho amor

Tres son los protagonistas de este evangelio: "una mujer de la ciudad, una pecadora", el fariseo Simón y Jesús. Es fácil sospechar que la mujer pecadora había oído alguna predicación de Jesús, le habría oído afirmar que Dios es nuestro Padre, un Padre que nos ama, que es capaz de perdonarnos hasta setenta veces siete... y las palabras de Jesús habían llegado hasta el fondo de su alma, y saltando todo los prejuicios sociales se adentró en casa del fariseo Simón a expresar su cariño a Jesús, y no encontró otra manera mejor de demostrárselo que regándole los pies con sus lágrimas de arrepentimiento, con sus cabellos y con un perfume. Simón también había escuchado alguna predicación a Jesús, y Jesús también había tocado su corazón, por eso, Simón se atrevió a invitarle a su casa. Pero la acción de la mujer pecadora con Jesús y la de Jesús con la pecadora... le sobrepasaba. No podía concebir que Jesús tuviese ese trato con la pecadora. Y Jesús, el tercer protagonista, tuvo que explicarle a Simón que había venido a ofrecer a los pecadores su amor y, por tanto, su perdón. "Por eso te digo, sus muchos pecados están perdonados, porque tiene mucho amor". Quien ama... queda perdonado.

Fue a principios de siglo XVII cuando se produjo el inicio del cristianismo en Corea. En las diversas persecuciones del siglo XIX hubo ciento tres cristianos martirizados por proclamar su fe y amor a Cristo. Destacan entre ellos, Andrés Kim Taegón, presbítero y gran predicador, y el apóstol seglar Pablo Chong Hasang.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Santos Andrés Kim, Pablo Chong y cc.mm.

Una iglesia plantada por seglares

El primer contacto serio entre el catolicismo y un grupo de coreanos se dio en el último tercio del siglo XVIII, cuando unos diplomáticos coreanos conocieron en Pekín a los jesuitas. Éstos los recibieron amablemente en su casa, les enseñaron las iglesias que mantenían abiertas en la ciudad y les dejaron libros, entre ellos el catecismo. Vueltos a Corea, estos libros fueron leídos con interés por el grupo y por sus amigos, todos ellos personas de buena preparación cultural, y el interés se convirtió en algo práctico cuando decidieron enviar a Pekín a uno de ellos, Piek-i, a fin de que conociera el cristianismo con mayor profundidad. Pero Piek-i le pasó la tarea al joven Ri-Sheung-hu-i, el cual en 1783 fue a la capital china y aquí entró en contacto con el obispo monseñor Gouvea. Estos contactos dan pie a que el joven se instruya formalmente en orden al bautismo y efectivamente lo bautice el misionero francés Louis de Granmont, imponiéndole el nombre de Pedro. Vuelve a Corea cargado de libros y objetos religiosos y con el entusiasmo de un neófito se dedica a hacer propaganda del cristianismo entre sus amistades. Y sin pararse en barras, comienza a bautizar a sus amigos que se deciden por el cristianismo y forma una comunidad católica —la primera— de Corea. Comenzaron a tener reuniones los domingos en casa de Kim-bom-u, hasta que las autoridades civiles cayeron en la cuenta de la creación de este nuevo grupo religioso y decidieron prohibirlo en marzo de 1785, arrestando y torturando a Kim-bom-u, y enviándolo al destierro, donde al poco murió.

Pero en 1787, Ri-Seung-hu-i decidió reorganizar la comunidad y, creyendo que podía proceder por su cuenta, designó a cuatro de los cristianos como presbíteros y se permitieron decir misa sin haber precedido una regular ordenación y administrar los demás sacramentos. Además conservaron la costumbre de la veneración a los espíritus de los antepasados pero como no estaban del todo seguros de su proceder, enviaron a uno de ellos a consultar con monseñor Gouvea y a pedirle que les mandara sacerdotes. Monseñor Gouvea naturalmente se llenó de extrañeza de tal proceder y les envió a un sacerdote chino, pero éste tardó mucho en llegar a Corea.

La persecución. Llegan misioneros

Mientras tanto se produjo una formal persecución del cristianismo, toda vez que en 1791 los cristianos fueron denunciados al rey y algunos de ellos murieron a causa de su fe.

Se produjeron así los primeros martirios. Pero ello no fue todavía sino un comienzo de lo que vendría en 1801, cuando la reina regente Chong-su prohibió formalmente el cristianismo como algo ajeno a la tradición y al alma de Corea y mandó a la muerte a trescientos cristianos, entre ellos al sacerdote chino que estaba por fin en Corea desde 1794. En 1812 los cristianos se dirigieron al papa Pío VII pidiéndole misioneros y diciéndole que ellos eran diez mil, cifra que algunos quieren considerar como abultada adrede para conmovier al papa. La misiva no dio resultado y fue repetida ante el papa León XII en 1827, y continuamente insistían ante el obispo de Pekín en su necesidad de sacerdotes. Por fin se nombró un vicario apostólico en 1831, pero éste murió sin haber llegado a su destino. Era monseñor Bartolomé Brugière y pertenecía a la Sociedad de Misiones Extranjeras de París, a la que la misión coreana se encomendaba. Murió en Mongolia en 1835.

Entonces la Santa Sede nombró a San Lorenzo Imbert, que con los presbíteros San Pedro F. Mauban y San Jaime H. Casta, serían los primeros misioneros occidentales en llegar a Corea.

Ellos encontraron una comunidad realmente existente, en donde la fe era viva y en donde el ejemplo dado por los mártires de los años anteriores era un estímulo de perseverancia en la fe. Los cristianos se sintieron muy alentados por las virtudes de los misioneros que por fin tenían entre ellos. Su ejemplo de pobreza, humildad, dedicación y entrega los animó muchísimo, y aceptaron de buena gana las nuevas estructuras que le dieron a la comunidad, una comunidad que hay que llamarla bien unida y compacta, y que dio numerosas pruebas de estrecha solidaridad mutua. Con clara conciencia de qué era lo principal, ya en 1837 enviaron a tres candidatos al sacerdocio a Macao para su formación, completamente seguros de que el futuro de la Iglesia coreana pasaba por la pronta formación de un clero nativo. Uno de estos tres jóvenes será San Andrés Kim, el que encabeza en la canonización la lista de los mártires.

Los cristianos de Corea pertenecían a todas las clases sociales, incluyendo las altas y las más bajas, personas de la ciudad y personas del campo. Ya había vírgenes consagradas, aunque naturalmente no había conventos, y había eficientes catequistas. Se ayudaban los cristianos entre sí y se protegieron mutuamente en la persecución. Acogían con amor a los misioneros y los llevaban de una casa a otra para protegerlos, y corrían con generosidad los riesgos que ello comportaba. La caridad con los cristianos necesitados recordaba la comunión de bienes de la Iglesia primitiva.

La gran persecución

En esta comunidad comenzará a cebarse la nueva persecución que tuvo lugar en el corazón del siglo XIX y a la que pertenecen los santos que Juan Pablo II canonizó en Seúl el 6 de mayo de 1984, siendo el primero de ellos de 1838 y el último de 1867, treinta años de prueba que la comunidad católica soportó con entereza y con entrega plena a la voluntad de Dios. Bien ha merecido esta comunidad cristiana que la Santa Sede reconozca su epopeya martirial con la canonización simultánea de esos 103 mártires que habían sido beatificados en varias ceremonias sucesivas, no conjuntamente. Entre ellos, pues, no están los del siglo XVIII ni los de la persecución de 1801 y siguientes, cuyo estudio está pendiente todavía.

José Luis Repetto Betes

“No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios 4, 1-7. 11-13

Hermanos:

Yo, el prisionero por el Señor, os ruego que andéis como pide la vocación a la que habéis sido convocados.

Sed siempre humildes y amables, sed comprensivos, sobre llevaos mutuamente con amor; esforzaos en mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la esperanza de la vocación a la que habéis sido convocados. Un Señor, una fe, un bautismo. Un Dios, Padre de todo, que está sobre todos, actúa por medio de todos y ésta en todos.

A cada uno de nosotros se le ha dado la gracia según la medida del don de Cristo.

Y él ha constituido a unos, apóstoles, a otros, profetas, a otros, evangelizadores, a otros, pastores y doctores, para el perfeccionamiento de los santos, en función de su ministerio, y para la edificación del cuerpo de Cristo; hasta que lleguemos todos a la unidad en la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios, al Hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud.

Salmo de hoy

Sal 18, 2-3. 4-5 R/. A toda la tierra alcanza su pregón

El cielo proclama la gloria de Dios,
el firmamento pregona la obra de sus manos:
el día al día le pasa el mensaje,
la noche a la noche se lo susurra. R.

Sin que hablen, sin que pronuncien,
sin que resuene su voz,
a toda la tierra alcanza su pregón
y hasta los límites del orbe su lenguaje. R.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 9, 9-13

En aquel tiempo, al pasar vio Jesús a un hombre llamado Mateo sentado al mostrador de los impuestos, y le dijo: «Sígueme».

Él se levantó y lo siguió.

Y estando en la casa, sentado en la mesa, muchos publicanos y pecadores, que habían acudido, se sentaban con Jesús y sus discípulos.

Los fariseos, al verlo, preguntaron a los discípulos: «¿Cómo es que vuestro maestro come con publicanos y pecadores?».

Jesús lo oyó y dijo:

«No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos. Andad, aprended lo que significa "Misericordia quiero y no sacrificio": que no he venido a llamar a justos, sino a los pecadores».

Reflexión del Evangelio de hoy

Caminad según la vocación a la que habéis sido convocados

Cuando el grupo que sigue al Señor hunde sus raíces en el amor y en la fuerza de la fe éste vive acorde a la vocación a la que ha sido convocado, según piensa el apóstol Pablo. Es la fuente trinitaria de la comunidad, lo que le da vida, comunión, capacidad para ser testigo. Esta manera unitaria de ser es buena medicina frente a todo lo que intenta socavar el encanto de la fraternidad, egoísmo y soberbia. Pablo nos recuerda cuáles son los cimientos de la Iglesia, nuestro mejor patrimonio como comunidad creyente: un bautismo, un solo Señor, un solo Espíritu y una única esperanza, en función de los cuales vivimos. Esta unidad, no obstante, perfila una preciosa pluralidad que se origina en Cristo, el dador de dones a los hombres. Estos dones se especifican en innumerables carismas y servicios que, puestos a trabajar al servicio de la fe, nos permiten lograr la madurez en el seguimiento del Señor y la plenitud de la gracia que se otorga a todo el que espera en su Palabra. Pero todo el activo creyente se expresa por necesidad en dar, servir, repartir y agradecer. Si así no es, no somos consecuentes con la vocación que hemos recibido.

No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores

Por su oficio, Mateo era uno más de los excluidos de la religión oficial. Sabemos la especial sensibilidad de Jesús sobre los rechazados por su debilidad, condición y oficio. Y a Mateo se acerca el Maestro y le invita al seguimiento. Y con él y con otros pecadores, Jesús se sienta a la mesa: imagen del reino preconizado por él, asentado en la humanidad, misericordia y fraternidad. Lo que no evita el escándalo de los fariseos, expertos en trazar muros separadores del perdón de Dios. Jesús no sabe de separaciones y, menos, en nombre de Dios. Y hace muy bien en poner la norma cultural al revés o, dicho de otra manera, en ridículo; porque ha venido a acoger a los que nadie considera, y a declarar con nitidez que los privilegiados de Dios son los olvidados de los hombres, al igual que el médico se ocupa de los enfermos. Además, recuerda la razón de ser de toda religión: reconocer el amor gratuito, fiel y misericordioso que Dios Padre profesa a todos y, en especial, a los más desasistidos. La prueba del algodón de las religiones y de las expresiones religiosas de las comunidades no es la adhesión externa a una norma religiosa, sino la práctica inequívoca de la misericordia. Jesús así lo traduce recordándonos que somos nosotros los pecadores los principales llamados a su proyecto humanizador, a su Reino. En esta llamada estamos todos, sin exclusión.

De sentado en la mesa de los impuestos a caminante del evangelio con el equipaje del mandato del Señor. Él, y su comunidad, nos han dejado el primer texto de la Buena Noticia redactado en hebreo.

El aprendizaje de la comunidad ¿dónde pone el prioritario acento: en conocer y cumplir la normativa religiosa, o en ejercer de prójimo?



Fr. Jesús Duque O.P.
(1947-2019)

San Mateo

Apóstol y evangelista

Entre los seguidores de Jesús de Nazaret hay personas de muy diverso carácter. De los relatos evangélicos, como de las páginas del Antiguo Testamento, se deduce que Dios no tiene un único modo de llamar a los que ha elegido. Se podría decir que es su gracia, y no las cualidades humanas, las que configuran el ideal de su llamada y también del llamado. Entre los seguidores de Jesús, varios eran pescadores. Seguramente algunos otros se habían dedicado también a las tareas agrícolas. Y habría entre ellos miembros de otras profesiones artesanas que nos pasan inadvertidas a través de los relatos. Pero lo que resulta más sorprendente es que entre los llamados por Jesús nos encontremos con un publicano o cobrador de impuestos.

Este título puede responder a muchas profesiones un tanto diferentes. Había cobradores de impuestos que alquilaban la recaudación para enviar los dineros de las provincias a las arcas imperiales. Había otros recaudadores que cobraban derechos de portazgo entre un reino y otro, entre una tetraquía u otra.

Cafarnaún debía de contar con varias oficinas en las que se cobraban diversos tipos de impuestos. A una de estas oficinas se acercó un día Jesús para llamar personalmente a Mateo. No sabemos de dónde era. El evangelio que lleva su nombre nos refiere la escena de su vocación (Mt 9, 9-13). Se le denomina Mateo, abreviación de Mattanaí y de Mattanya, que significa «regalo o don de Dios». En los lugares paralelos, los relatos de Marcos (Mc 2, 13-17) y Lucas (Lc 5, 27-32) nos hablan de la vocación de un tal Leví, hijo de Alfeo que, sin duda, es la misma persona como ha admitido la tradición de la Iglesia con muy contadas excepciones.

En el relato bíblico sobre la vocación de Mateo nos llaman la atención especialmente tres momentos: la llamada, el banquete y la revelación de Jesús que parece culminar los dos momentos anteriores.

Nos impresiona mirar el cuadro pintado por Caravaggio que se conserva en la iglesia de San Luis de los Franceses, en Roma. El enorme lienzo nos sitúa en una estancia cerrada, bastante oscura. Hay solamente un haz de luz que penetra por la parte superior derecha iluminando levemente el lugar. Precisamente por esa parte se dibuja también la imagen de Jesús. Ha sido representado como un personaje noble, dotado de una mirada firme y determinada que, siguiendo una línea imaginaria, va a cruzarse directamente con la mirada de Mateo.

En la pintura, Mateo está rodeado por algunos jóvenes. Unos han vuelto ya la mirada hacia Jesús, mostrándose un tanto asombrados por su entrada en aquel espacio. Los otros jóvenes siguen todavía prestando atención a las monedas que tintinean sobre la mesa del cobrador de los impuestos. Sin embargo, en esta «instantánea», captada por Caravaggio, Mateo ha levantado ya su cabeza. Ha percibido la mirada de Jesús, y la hace suya, aunque un gesto de su mano parece sugerir un momento de duda y tal vez de excusa. Es como si se mostrara incrédulo. Parece que le resulta difícil aceptar que la llamada de Jesús vaya dirigida precisamente a él.

El relato evangélico es parco en palabras. Nos refiere solamente que Jesús se acercó al lugar donde estaba Mateo y le dirigió una escueta invitación: «Sígueme» (Mt 9, 9). Es ésa una palabra profundamente significativa. El maestro va buscando seguidores. El verbo «seguir» encierra, como se sabe, un resumen de todas las actitudes que se requieren del discípulo del Maestro.

El texto de la homilía de San Beda el Venerable, que hoy se lee en el oficio de lecturas, vincula la vocación de Mateo a la mirada de amor que Jesús le dirigió:

Jesús vio a un hombre llamado Mateo, sentado al mostrador de los impuestos y le dijo: "Sígueme". Lo vio más con la mirada interna de su amor que con los ojos corporales. Jesús vio al publicano y, porque lo amó, lo eligió, y le dijo: Sígueme, Sígueme, que quiere decir: "Imítame". Le dijo: Sígueme, más que con sus pasos, con su modo de obrar. Porque, quien dice que permanece en Cristo debe vivir como vivió él.»

« Sígueme». Más que una invitación parece una orden terminante y decidida. En ninguna parte se nos dice si Jesús conocía previamente al cobrador de tributos. Pero sí se nos dice que él aceptó inmediatamente la invitación del Maestro: «Él se levantó y lo siguió». Lo escueto del texto que narra esa decisión con la que Mateo decide seguir a Jesús puede sugerir dos posibilidades. O bien que Mateo había ya oído hablar de la grandeza del profeta de Galilea y de la majestad de su mensaje, o bien que la presencia del mismo Jesús resultó para él un motivo suficiente para dejarlo todo y seguirle.

Sea como sea, tenemos ante los ojos uno de esos momentos en los que la llamada de la trascendencia se cruza con las mil preocupaciones inmediatas de la inmanencia. Lo divino irrumpe en el panorama de lo humano. El hombre-Dios viene a cambiar los planes que los humanos se habían forjado. Ante la voz que llama, los antiguos proyectos pierden prestancia y valía. La llamada al seguimiento relativiza todas las decisiones anteriores.

Como ocurrido anteriormente con Pedro y Andrés, con Santiago y Juan, también de Mateo se subraya que abandona todas las cosas para seguir al Maestro que le invita. La rapidez en la respuesta a la llamada, la generosidad en el seguimiento y la libertad con la que el valor encontrado relativiza los valores antes poseídos parecen convertirse en puntos fundamentales en la dinámica del discípulo.

Claro que nadie lo deja todo por nada. Ni siquiera se deja algo por algo. En realidad, los discípulos primeros de Jesús, no siguen una filosofía sino a una persona. No se enamoran de una idea, siguen a un profeta.

Sáb

22
Sep

2018

Evangelio del día

Vigésimo cuarta Semana del Tiempo Ordinario - Año Par

“Lo que cae en buena tierra son los que dan fruto”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 15, 35-37. 42-49

Hermanos:

Alguno preguntará: «¿Y cómo resucitan los muertos? ¿Con qué cuerpo vendrán?» Insensato, lo que tú siembras no recibe vida si (antes) no muere. Y al sembrar, no siembras el cuerpo que llegará a ser, sino un simple grano, de trigo, por ejemplo, o de cualquier otra planta.

Lo mismo es la resurrección de los muertos: se siembra un cuerpo corruptible, resucita incorruptible; se siembra un cuerpo sin gloria, resucita glorioso; se siembra un cuerpo débil, resucita lleno de fortaleza; se siembra un cuerpo animal, resucita espiritual. Si hay un cuerpo animal, lo hay también espiritual.

Efectivamente, así está escrito: el primer hombre, Adán, se convirtió en viviente. El último Adán, un espíritu vivificante. Pero no fue primero lo espiritual, sino primero lo material. y después lo espiritual. El primer hombre, que proviene de la tierra, es terrenal; el segundo hombre es del cielo. Como el hombre terrenal, así son los de la tierra; como el celestial, así son los del cielo. Y lo mismo que hemos llevado la imagen del hombre terrenal, llevaremos también la imagen del celestial.

Salmo de hoy

Sal 55, 10. 11-12. 13-14 R/. Caminaré en presencia de Dios a la luz de la vida

Que retrocedan mis enemigos cuando te invoco,
y así sabré que eres mi Dios. R/.

En Dios, cuya promesa alabo,
en el Señor, cuya promesa alabo,
en Dios confío y no temo;
¿qué podrá hacerme un hombre? R/.

Te debo, Dios mío, los votos que hice,
los cumpliré con acción de gracias;
porque libraste mi alma de la muerte, mis pies de la caída;
para que camine en presencia de Dios a la luz de la vida. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 8, 4-15

En aquel tiempo, habiéndose reunido una gran muchedumbre y gente que salía de toda la ciudad, dijo Jesús en parábola:
«Salió el sembrador a sembrar su semilla.

Al sembrarla, algo cayó al borde del camino, lo pisaron, y los pájaros del cielo se lo comieron.

Otra parte cayó en terreno pedregoso, y, después de brotar, se secó por falta de humedad.

Otra parte cayó entre abrojos, y los abrojos, creciendo al mismo tiempo, la ahogaron.

Y otra parte cayó en tierra buena, y, después de brotar, dio fruto al ciento por uno».

Dicho esto, exclamó:

«El que tenga oídos para oír, que oiga».

Entonces le preguntaron los discípulos qué significaba esa parábola.

Él dijo:

«A vosotros se os ha otorgado conocer los misterios del reino de Dios; pero a los demás, en parábolas, “para que viendo no vean y oyendo no entiendan”.

El sentido de la parábola es este: la semilla es la palabra de Dios.

Los del borde del camino son los que escuchan, pero luego viene el diablo y se lleva la palabra de sus corazones, para que no crean y se salven.

Los del terreno pedregoso son los que, al oír, reciben la palabra con alegría, pero no tienen raíz; son los que por algún tiempo creen, pero en el momento de la prueba fallan.

Lo que cayó entre abrojos son los que han oído, pero, dejándose llevar por los afanes, riquezas y placeres de la vida, se quedan sofocados y no llegan a dar fruto maduro.

Lo de la tierra buena son los que escuchan la palabra con un corazón noble y generoso, la guardan y dan fruto con perseverancia».

Reflexión del Evangelio de hoy

Se siembra lo corruptible, resucita incorruptible

La pregunta que formula Pablo, al principio de esta primera lectura de hoy, seguramente nos la hemos hecho más de una vez: “¿cómo resucitan los

mueertos? o ¿cómo será ese cuerpo glorioso tan distinto del terrenal, pues ni los apóstoles ni M^a Magdalena reconocieron físicamente a Jesús resucitado después de su resurrección?

Estamos llamados a la Vida Eterna, a vivir para siempre junto al Señor. Aquí estamos de paso, somos peregrinos, por eso es necesario que nuestro cuerpo muera para resucitar a una vida nueva, con un cuerpo glorioso, totalmente diferente, un cuerpo cien por cien espiritual, libre de la contaminación del pecado, completamente santo, en el cual se restaurará la imagen de Dios en nosotros.

Pablo que está bien enterado en esta materia nos deja claro que lo que muere no es igual que lo que resucita y lo hace con un ejemplo muy gráfico: "el grano de trigo que brota no es lo mismo que lo que se siembra; se siembra corruptible, resucita incorruptible, se siembra débil, resucita fuerte, etc... Pero aun así los creyentes debemos dejar paso al misterio, pues no podemos saberlo todo ni debemos permitir que esta incógnita sea un obstáculo para nuestra fe, sino todo lo contrario, que sea una inyección de esperanza y de alegría, al saber que resucitaremos en cuerpo y alma como Jesucristo y la Virgen María. Seremos los mismos pero transformados.

Todo esto lo expresa muy bien el prefacio de difuntos: "La vida de los que en ti creen, Señor, no termina, se transforma; y al deshacer nuestra morada terrenal adquirimos una mansión eterna en el Cielo"

Así que, hermanos, no sólo estemos contentos por nuestra resurrección sino también porque nuestros seres queridos, que hemos perdido en este mundo, los volveremos a ver en el otro, en el Cielo.

Lo que cae en buena tierra son los que dan fruto con perseverancia

Como bien explica Jesús mismo en esta parábola, Él es el sembrador y la semilla es la Palabra de Dios. Hay algo que no debemos perder de vista y es que la Palabra de Dios es semilla fecunda, capaz de germinar y de dar frutos de vida eterna. Así que si no hay cosecha, el problema no es de la semilla, no es de la Palabra de Dios, sino de la tierra donde cae esta semilla. Así que en este sentido el texto es muy claro mostrando las cuatro tipos de tierra diferentes.

Ante el mensaje de la Palabra de Dios, vemos en estas cuatro reacciones la libertad del hombre frente a la gracia de Dios. El Señor nunca nos va a violentar para que acojamos su Palabra, Él siempre respetará nuestra libertad, pero eso sí, nunca se cansará de sembrar, de hecho vemos claramente cómo Jesús siembra a voleo. Él siembra generosamente aun sabiendo que algo se va a perder, pero también sabe y tiene esperanza de que habrá una gran cosecha y con perseverancia habrá mucho fruto.

Esta parábola del sembrador nos muestra una vez más la generosidad y la misericordia del Señor, pues Dios no niega su Palabra a nadie, ni a los pecadores, ni a la gente superficial a la que le es indiferente la Palabra de Dios, ni a los que están inmersos en los placeres y riquezas de este mundo, olvidándose de su Creador.

La realidad que vivimos cada día es que en nuestra libertad podemos cerrarnos a la Palabra de Dios y rechazarla, pero no por esto la semilla tendrá menos eficacia porque siempre habrá tierra buena que la reciba, es decir, siempre habrá corazones generosos y abiertos a la Palabra de Dios que den mucho fruto y todo para gloria de Dios.

Miremos en nuestro interior y preguntémonos qué clase de terreno somos y si verdaderamente estamos asumiendo en nuestra vida la Palabra de Dios para que dé fruto, al ciento por uno, como nos dice Lucas.



MM. Dominicicas
Monasterio de Santa Ana (Murcia)

El día **23 de Septiembre de 2018** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilias](#).